

La protección de Dios a los inmigrantes

Una reflexión personal desde la perspectiva pastoral hispana

Augusto Rodríguez

Emigrar no es nada nuevo. Sin embargo, cuando somos parte del grupo inmigrante, el hecho cobra un nuevo sentido. Como inmigrante que soy, también formo parte de lo que trata este ensayo. Nací en El Salvador, emigré hacia Los Ángeles, California, en 1982 y, al igual que todos los inmigrantes, tuve que enfrentar el sentimiento de ser extranjero. Así que es la experiencia personal la que me guía hacia una reflexión sobre el cuidado de Dios desde una perspectiva pastoral hispana. Mi presentación surge de la experiencia de alguien que día a día se enfrenta al desafío de cuidar a los inmigrantes como pastor, amigo y, en el caso de muchos jóvenes, incluso como figura paterna, ya que muchos de ellos no conocieron a sus padres, por haber sido víctimas del abandono, o porque sus padres se vieron en la necesidad de emigrar.

Causas del desplazamiento de las personas

A partir del momento en que dejan su tierra, las personas que emigran se convierten en extranjeros. Estas personas deben enfrentarse a lo que les espera en un lugar desconocido: una cultura diferente, una sociedad diferente, una práctica religiosa diferente, todo lo cual acarrea consigo nuevos desafíos para la vida. Lo nuevo puede incluir luchas, así como también triunfos. Y son triunfos lo que todo inmigrante espera encontrar.

Las **causas económicas** son quizá las fuerzas más grandes para el desplazamiento de las personas. Éste es el caso de Oscar,¹ un joven salvadoreño que emigró a Los Ángeles en 1999. Había comenzado, en su país, su primer año de estudios de bachillerato,² con grandes deseos de ser un profesional. Su padre, un constructor,

¹ Entrevista personal, 30 de agosto de 2007.

² El bachillerato en El Salvador es la preparatoria en México y la *High School* en los Estados Unidos.

trabajaba como contratista para el gobierno de su ciudad. Cuando hubo elecciones, un partido diferente ganó la alcaldía, dejándole sin trabajo. Oportunamente, una tía había solicitado la residencia en los Estados Unidos para toda la familia. Así que Oscar, sus padres y sus tres hermanos emigraron legalmente a Los Ángeles.

Mi esposa y yo tenemos historias similares. La familia de mi esposa experimentó el desplazamiento por causas económicas, a raíz de la guerra que vivía El Salvador en la década de 1980. Al no encontrar trabajo, sus padres se vieron obligados a emigrar hacia Los Ángeles y enfrentar una vida diferente a la de clase media en la cual se desenvolvían en su propio país.

José es un joven hondureño que decidió emigrar al norte en 1998.³ Las motivaciones de José fueron diferentes a las de Oscar o la familia de mi esposa. José cuenta que veía a sus amigos y vecinos vistiendo buena ropa, y estrenando calzado nuevo con el dinero que les enviaban sus familiares que vivían en los Estados Unidos. José, sin embargo, vivía solo. Sus padres se habían separado y José, al verse abandonado, decidió irse lejos.

Una mejor posición económica trae también una mejor posición social, cosa que muchos inmigrantes buscan alcanzar. En la mayoría de nuestros países, las diferencias sociales están bastante marcadas. Lamentablemente, vivimos en sociedades en las que “*tanto tienes, tanto vales*”. La posición económica define un diferente estatus social.

Evelyn es una madre soltera de origen salvadoreño. Trabaja arduamente limpiando casas para mantener a su pequeña hija. Recientemente tuvo la oportunidad de viajar de vacaciones a El Salvador y durante su estadía compró una casa. Emocionada, nos contó a mi esposa y a mí de su adquisición. Llena de alegría, dijo que ahora tenía casa propia, y que había decidido comprarla allá, ya que quizás no conseguiría hacerlo en Los Ángeles.

En las décadas de 1980 y 1990, las **guerras civiles** de Guatemala y El Salvador fueron causa de que muchas personas emigraran, en su mayoría sin documentos. En el caso de los hondureños y guatemaltecos, por ejemplo, son pocos los que reciben

³ Entrevista personal, 30 de agosto de 2007.

permiso como refugiados, debido a que se considera que “sus países no experimentaron un conflicto oficialmente reconocido”.⁴ Los salvadoreños se han asentado en su mayoría en Los Ángeles, Houston y Washington DC. También se encuentran en los estados de Florida y Virginia, entre otros.

Por su seguridad personal, le llamaremos Carlos a un joven que emigró de El Salvador a principios de 1980 a causa de la guerra civil. Carlos, un soldado de las fuerzas especiales, estuvo involucrado en enfrentamientos armados que lo afectaron profundamente, por lo que decidió huir en busca de una vida mejor. En nuestra congregación, encontró nueva vida y paz en Jesús. Después de unos años, regresó a su país de origen y ahora sirve como misionero en América Central.

Los enfrentamientos armados en los vecindarios han provocado que familias enteras emigren buscando un ambiente de paz y tranquilidad para sus hijos. En el presente, es también la **inestabilidad social** la que ha provocado una nueva ola de migración que no va en una sola dirección. Ahora, desde los Estados Unidos se deporta a delincuentes e integrantes de maras o pandillas, que luego forman sucursales de su grupo en los países receptores.

José, el joven hondureño mencionado arriba, al verse abandonado por sus padres, se involucró con pandillas. Al iniciar su viaje al norte, lo hizo sin un centavo. Empezó el viaje esperando recibir limosnas en el camino. José cuenta que encontró personas que, quizá por lástima a causa de su edad, le dieron comida y alojamiento.

Cada uno de estos extranjeros tiene que luchar para sobrevivir. Como pastores, hemos tenido la oportunidad de dar abrigo a muchos, algunos en nuestro hogar, como el caso de Sheila, una joven brasileña. Sheila vivía en casa de unos pastores amigos de ella y, cuando ellos se jubilaron, Sheila, sin familia en este país, se vio desamparada. Sheila vivió en nuestra casa, y su gratitud fue tal que nos veía como sus padres. Ahora está casada y tiene su propio hogar en Tennessee.

⁴ Kenneth G. Davis, “Challenges to the Pastoral Care of Central Americans in the United States”, *Apuntes*, Año 17, No. 2 (verano 1997): 47.

Efectos del desplazamiento en la vida afectiva de las personas

El desplazamiento, cualquiera sea la causa, tiene efectos en la vida de las personas. Afecta a quienes quedaron en su país de origen y afecta a quienes emigran. Los efectos pueden ser variados: unos serán beneficiosos, como la seguridad que da la solvencia económica; otros serán negativos, como las heridas emocionales, el deterioro de la autoestima, etc.

Heridas emocionales

Las heridas emocionales afectan el desempeño de las personas en la sociedad.⁵ Las heridas emocionales pueden ser causadas por palabras ofensivas, burlas, maltratos y desprecios. Oscar cuenta que, a pesar de haber entrado a los Estados Unidos como un inmigrante legal, experimentó rechazo y menosprecio al ingresar a la *High School*. No tenía amigos como solía tener en El Salvador. Ahora Oscar comienza a agruparse con otros jóvenes que, al igual que él, acaban de llegar y enfrentan los mismos sentimientos. Estos jóvenes sienten que se los margina en la escuela a causa de su idioma y su lugar de origen. Incluso los marginan otros hispanos. José por su parte, no sólo fue víctima de abuso verbal mientras fue inmigrante en México, país en donde tuvo que vivir hasta lograr cruzar la frontera con Estados Unidos, sino que también fue víctima de abuso físico.

Los inmigrantes están sujetos, ya sea en forma directa o indirecta, a maltratos y menosprecio. Son agredidos directamente por personas con sentimientos anti-inmigrantes, quienes con palabras y actitudes les demuestran abiertamente su desprecio. En forma indirecta, la agresión se manifiesta cuando los medios de comunicación transmiten noticias de actos criminales en los que se ven envueltos los inmigrantes (ya sean legales o ilegales). Tanto José como Oscar concuerdan en que al escuchar esta clase de noticias, sienten el deseo de superarse ahora que son cristianos, para demostrar así que los hispanos son capaces de marcar una diferencia positiva en la sociedad.

⁵ David A. Seamands, *Healing for Damaged Emotions*, Life Journey, Colorado Springs, 2004, p. 11.

Las heridas emocionales pueden también ser el resultado de frustraciones, de situaciones inesperadas como accidentes, de impresiones fuertes, o de la muerte de un ser querido. Los inmigrantes indocumentados se ven impedidos de viajar a su país de origen cuando muere un ser querido. Esto produce sentimientos de culpa que se van amontonando en el área afectiva culminando, en muchos casos, en depresión. Por años, tuve que vivir esta situación, ya que como indocumentado no pude viajar al funeral de mi abuela materna, a quien no volví a ver desde mi partida. Algunas personas de nuestra congregación han arriesgado su trabajo, y hasta su estatus de protección, por la desesperación de ver a su familia.

Los inmigrantes están más expuestos a la depresión cuando llegan las épocas festivas como la Navidad, el día de la madre y otros. Al verse solos, sin familia, los inundan sentimientos de “desesperación, incapacidad, melancolía, abatimiento y tristeza”.⁶ La depresión puede llevar a la persona a formar una imagen negativa de sí misma, agregando a esto sentimientos de culpa, vergüenza y autocrítica. Los sentimientos de culpa del inmigrante son concretos, por haber dejado a su familia y a sus seres queridos en general.⁷

Efectos en la autoestima

La autoestima o estima propia es el valor, respeto, afirmación y dignidad con respecto a uno mismo, y está determinada por el sentimiento general que uno tiene de sí mismo. Es posible que, el simple hecho de que el inmigrante viva en una cultura diferente a la suya, le provoque la sensación de que la gente del lugar lo rechaza. A esto se agrega la gran dificultad de tener que comunicarse en un idioma diferente. En los Estados Unidos, la cultura es mayormente individualista, lo que se traduce en el desarrollo propio del yo, mientras que la cultura latinoamericana es mayormente

⁶ “La Depresión”, *Manual de Billy Graham para obreros cristianos*, Billy Graham Evangelistic Association, Minneapolis, 1984, p. 71; ver también Pablo Hoff, *El pastor como consejero*, Editorial Vida, Deerfield, FL, 1981, pp. 196-201; Clyde M. Narramore, *The Psychology of Counseling*, Zondervan, Grand Rapids, 1960, p. 278.

⁷ Seamands, *Healing for Damaged Emotions*, pp. 111-112.

comunitaria y afectuosa.⁸ Estos rasgos culturales afectan la manera en que una persona inmigrante se valora. Al no ser capaz de asumir el individualismo de la cultura estadounidense, el inmigrante se siente menos, despreciado, y por supuesto, fuera de lugar en la sociedad.

Por otro lado, muchos inmigrantes latinoamericanos han tenido en su país de origen cierta posición social conseguida, en muchos casos, por medio de un título universitario. Esta posición se ve deteriorada al no poder validar sus estudios en los Estados Unidos, y al tener que aceptar trabajos que están por debajo de sus estudios y capacitación. Esta situación afecta definitivamente la manera en que la persona se valora. Personalmente, he tenido contacto con profesionales –médicos, abogados, arquitectos– la mayoría de los cuales no ha podido incorporarse aquí en el marco de sus carreras. Otros han entrado en ramos similares de trabajo. Otros, incluso, cuando los procedimientos legales de incorporación se vieron frustrados, decidieron regresar a su país.

Javier y Marielos son dos médicos salvadoreños con quienes cruzamos nuestro camino. Esta pareja vivía bien económica y socialmente en San Salvador. Como médicos, habían fundado una clínica particular que les daba buenos ingresos. Sin embargo, su hijo menor enfermó de un tumor canceroso en los pulmones. Por recomendación de cirujanos y médicos amigos, decidieron mudarse a Los Ángeles en busca de un tratamiento que no estaba disponible en El Salvador.

Cuando nos conocimos, Javier estaba trabajando en la limpieza de la imprenta de un familiar, Marielos atendía a sus hijos. Dios obró sanando a su hijito del cáncer, pero ahora debían encontrar un medio de subsistencia, ya que sus visas estaban vencidas y se encontraban indocumentados en el país. Ellos, al ser cristianos, buscaban nuestra amistad y nosotros se la brindamos. Dirigimos a Javier hasta una asociación de salvadoreños, donde proporcionan asesoría para profesionales que desean incorporarse en los Estados Unidos. El programa de TPS⁹ también benefició a Javier y a Marielos.

⁸ Abi-Hashem, p. 1086

⁹ *Temporary Protected Status*, programa del gobierno estadounidense que se ha extendido a ciudadanos de El Salvador, Honduras y Nicaragua, a causa de la situación inestable en esos países.

Poco tiempo después, Javier estaba trabajando como técnico de rayos X en el Hospital de Niños de Los Ángeles. Marielos, por su parte, encontró un puesto en el Consulado General de El Salvador.

Miguel es otro joven a quien conocimos hace años. Es un joven arquitecto de origen guatemalteco. Emigró hacia Los Ángeles en busca de una mejor solvencia económica pero, al llegar aquí, sus sueños se vieron frustrados. Por providencia divina, un contratista de nuestra congregación, al ver los talentos de este joven, lo tomó bajo su cuidado, abriéndole camino en el área laboral, aunque no como arquitecto.

Efectos en el auto-concepto

El auto-concepto es la manera en una persona se define a sí misma. El auto-concepto indica cuánto uno cree en uno mismo, en su capacidad, significado y valor.¹⁰ El auto-concepto está formado tanto por imágenes mentales como por sentimientos resultantes del ambiente en que la persona se desenvuelve.¹¹

David A. Seamands describe tres componentes principales del auto-concepto: el sentido de pertenencia, el sentido del propio valor y el sentido de competencia.¹² El auto-concepto del inmigrante puede verse seriamente afectado por los sentimientos anti-inmigrantes de muchas personas, que le comunican que no es parte de la sociedad en que vive. Por sentirse rechazado, el inmigrante se subestima, al punto de sentirse bueno para nada. Esto carcome su ánimo de superación personal, llevándolo a un estado de conformismo.

¹⁰ William G. Bixler dice que no es totalmente acertado hablar de auto-concepto en singular, ya que se trata de una “constelación de percepciones”. Hay muchos aspectos del ser que forman el auto-concepto, dentro de estos está la autoestima, el aspecto más común de los que forman el auto-concepto. W. G. Bixler, “Self-Concept” en David G. Benner y Peter C. Hill (eds.), *Baker Encyclopedia of Psychology and Counseling*, 2ª edición, Baker Books, Grand Rapids, 1999, pp. 1075-1077.

¹¹ Seamands ilustra la formación del auto-concepto usando la imagen de la casa de los espejos en un parque de diversiones, donde cada espejo tiene una forma diferente y proyecta una imagen diferente: algunas veces gorda, otras veces alargada y otras encogida. Seamands dice que la familia nuclear y extendida, y las personas importantes en la vida de un individuo, moldearon esos “espejos” para que dieran cierta reflexión distorsionada, hasta que el individuo llega a crear esa imagen para sí mismo. Seamands, *Healing for Damaged Emotions*, p. 61.

¹² *Ibid.*, p. 59.

Por otra parte, el inmigrante que busca una mejora en su situación económica, o que simplemente tiene que sobrevivir y sustentar a su familia, se siente obligado a realizar cualquier trabajo que se le presente. Sin embargo, la falta de aprecio por el trabajo que realiza deteriora la manera en que se siente y cómo se ve a sí mismo. Es una situación de continuo y creciente estrés. Este sentimiento se acrecienta aún más cuando se trata de inmigrantes indocumentados.

El papel de la iglesia en el cuidado integral de los inmigrantes

Jesús dijo que aquellos discípulos que estamos seriamente comprometidos en llevar a cabo la misión de Dios somos la luz del mundo (Mt 5.14). Como tales, tenemos la responsabilidad de iluminar las tinieblas. Las buenas noticias dan ánimo, esperanza y brindan un sentido de protección y bienestar. Dios protege a los inmigrantes porque siempre cuida de su creación.

De la práctica a la reflexión

Durante el tiempo en que mi esposa y yo hemos estado al frente de esta congregación, hemos aprendido a conocer el sentir de la gente. Este sentir nace de la realidad en que viven y que quisieran cambiar. Por ejemplo, José cuenta que durante su viaje a través de México, se vio en la necesidad de usar un tren de carga, en el cual se movía de una ciudad a otra. José cuenta los peligros que el viaje acarrea, no sólo los accidentes, sino también los asaltos y violaciones de que son víctimas los viajeros.

Durante su travesía, José se hizo amigo de pandilleros para cuidarse de algunos peligros. Sin embargo, hubo ocasiones en que José debió aventurarse solo en la noche para alcanzar el tren en las montañas. Cuenta de una ocasión en que tuvo que saltar desde un cerro hacia el tren en movimiento. Sin lugar a dudas, dice José, Dios le guardó de morir. Lo mismo opina del momento en que llegó a la frontera y se escondió entre la poca maleza que había en el lugar, elevando una oración para que Dios cegara los ojos de los oficiales.

No es posible dejar de ver la mano de Dios en el caso de Oscar que, en el momento oportuno, recibió su documentación legal para inmigrar, por lo cual no tuvo problemas. Hoy Oscar es un graduado de la Universidad de California en Northridge con una Licenciatura en Psicología. Tampoco podemos negar la protección de Dios en el caso de Javier y Marielos, quienes han llegado a incorporarse muy exitosamente a la sociedad estadounidense, además de disfrutar de la salud de su hijo como respuesta a la oración de fe.

Al reflexionar en estas situaciones, pienso en la oración de Eliseo para que Dios cegara al ejército sirio (2 R 6.18). Otro ejemplo de esta protección de Dios se hizo evidente en el éxodo, cuando Dios desbarató al ejército egipcio para que no diera alcance al pueblo de Israel (Ex 14.23-26). Vemos que Dios siempre obra a favor de aquellos que oran fervientemente. Dios entiende a los inmigrantes, pues Jesús y sus padres terrenales, José y María, fueron inmigrantes en Egipto. Dios los protegió desde su salida, al advertirles del plan de Herodes para matar al niño (Mt 2.13-15).

Veo a Dios obrando a favor de quienes claman por ayuda. Esto me mueve a cambiar mi manera de proclamar el evangelio. El mensaje de salvación sigue siendo el mismo: salvación para quienes claman al Señor, porque ninguno será avergonzado (Ro 10.13).

Mi proclamación está dirigida a la aplicación práctica de la Palabra en la vida de las personas, más que a una exposición teológica y doctrinal.¹³ Esto significa que los mensajes deben levantar la autoestima de las personas, mostrándoles su propio valor según lo que Dios expresa en las Escrituras (Is 43.4). También por medio de principios bíblicos, ayudamos en la formación del auto-concepto, guiando al creyente en la búsqueda de una sanidad del ser interior. Más específicamente, esto se traduce en ayuda para sanar las heridas emocionales que han quedado en las vidas de las personas, a causa de las diferentes razones que las obligaron a emigrar. Esto lo conseguimos por medio de retiros, que se enfocan específicamente en conocer a Dios como nuestro

¹³ La formación doctrinal la llevamos a cabo por medio de cursos de educación cristiana o discipulado, así que los mensajes prácticos a los que me refiero son las predicaciones en la reunión pública de la iglesia.

sanador, para que, una vez alcanzada la paz con Dios, con uno mismo y con las personas que han afectado nuestra vida, logremos tener una mayor claridad del propósito de Dios al traernos a esta tierra.

Motivar a la hospitalidad

Hospitalidad es recibir o albergar a una persona por caridad o cortesía. La Biblia es clara: “No os olvidéis de la hospitalidad” (Heb 13.2; Ro 12.13). ¿Cómo nos convertimos en los instrumentos que Dios usa para cuidar a los inmigrantes? Por cumplir el mayor mandamiento: “El Señor nuestro Dios uno es y amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Mc 12.29-31). La máxima prueba de la fe auténtica es el amor al prójimo (Stg 2.8-9).

El prójimo para Jesús es aquel que no es igual a mí, el extranjero, el extraño, a quien, sin embargo, no se lo ve como menos. Jesús comprende esta realidad, porque él mismo fue inmigrante en este mundo, al “hacerse semejante a los seres humanos” (Flp 2.7). Como inmigrante, Jesús experimentó el rechazo de su misma gente (Mt 13.53-57). Sin embargo, nunca rechazó a quienes eran vistos como extranjeros (Jn 4.9-10).

Se debe aplicar el concepto paulino de la iglesia como cuerpo de Cristo: “aun siendo muchos, somos un cuerpo” (Ro 12.5). Y dentro de este cuerpo, cuidamos los unos de los otros y llevamos las cargas los unos de los otros (Gl 6.2). Tampoco debemos olvidar el concepto paulino de la iglesia como familia de Dios (Gl 6.10; Ef 2.19). Los grupos celulares, o grupos pequeños, representan la forma en que hemos logrado esta meta. Esta clase de grupos tiene un común denominador: brindar comunión. Es en los grupos de hogar en donde somos en realidad la familia de Dios. Allí brindamos el compañerismo, la amistad y el calor de la familia que el inmigrante dejó en su país.

Este concepto de familia va mucho más allá de simplemente llamarnos hermanos y hermanas. Se lo practica por medio del amparo que brindamos en los grupos celulares que conforman nuestra congregación. A pesar de que el objetivo principal de estos grupos es la evangelización, la comunión resulta ser un producto

directo. Y la comunión es también la estrategia para brindar el amor e identificarnos con aquellos que son como nosotros: inmigrantes y extranjeros. Así que, por medio de los grupos celulares, formamos una gran familia. Cada grupo está conformado ya sea por hombres, mujeres o jóvenes. Sirve como un medio para brindar apoyo y sostén mutuos en momentos de necesidad. Enseñamos a los líderes de los grupos a promover un sentido de pertenencia. De esta manera, los inmigrantes recientes encuentran en nuestra congregación un sentido de familia, es decir, un lugar al que pertenecen. Además, nos enfocamos en toda la familia: hombres, mujeres, jóvenes y niños. De esta manera, también conseguimos restaurar las relaciones destrozadas, sanar la parte afectiva y brindar –especialmente a los jóvenes– la oportunidad de encontrar el propósito de Dios para sus vidas en este país.

Un pastorado contextualizado

Puesto que nosotros mismos somos inmigrantes, comprendemos las situaciones de quien emigra. Por lo tanto, con mi esposa hemos decidido pastorear esta congregación de tal manera que forme el carácter de las personas. Estamos enfocados en trabajar con inmigrantes de primera generación y sus familias. Los hijos de estas familias necesitan encontrar las formas de incorporarse a la nueva sociedad, por lo que también tenemos como objetivo alcanzar a los jóvenes, mostrándoles alternativas diferentes de vida. En el Nuevo Testamento, Jesús expresa el deseo de Dios de bienestar para todos. Él vino para darnos vida en abundancia (Jn 10.10), es decir, una vida de calidad diferente. Éste es nuestro objetivo, que las personas logren esta vida de mejor calidad.

Tal como el pueblo de Israel partió en búsqueda de la tierra prometida, enseñamos a los inmigrantes que la tierra prometida es la vida de calidad diferente que se encuentra en Jesucristo. Muchos han venido a los Estados Unidos viéndolo como la tierra en donde fluye leche y miel, de abundancia y prosperidad. Sin embargo, la realidad del inmigrante es muy diferente al ideal que tenía cuando salió de su país de

origen. Nosotros les enseñamos que efectivamente pueden lograr este estilo de vida de abundancia y prosperidad.¹⁴

¿Cómo logramos nuestro objetivo? Por medio de mensajes proféticos, es decir, aquellos que exhortan, edifican y consuelan a los oyentes (1 Co 14.2). Esta clase de mensaje encamina a las personas hacia una vida de mejor calidad. No es el tipo de mensaje político que levanta en el inmigrante sentimientos de celos, venganza y retribución, sino aquel que levanta su autoestima, motivándolo a la obra de Dios. Les enseñamos que su vida en otro país no es muy diferente a la vida de los patriarcas, o de muchos personajes bíblicos que se vieron en la necesidad de emigrar. Les señalamos que cuentan con la protección divina y, sobre todo, les brindamos esperanza, no basada en términos políticos, sino centrada en los valores del Reino, en el ya pero todavía no.

Nos esforzamos por ser parte de la gente, brindando amistad, abriendo nuestra casa para reuniones sociales en las cuales las personas se sientan amadas, contenidas, aceptadas y como parte de la familia. Hemos visto claramente cómo crece este sentido de familia en personas como Oscar y José. Ambos concuerdan en que los mensajes predicados tocaron sus vidas, levantando su ánimo para vivir en este país, proyectándolos hacia una visión de inmigrantes exitosos, porque comprendieron el propósito de Dios al sacarlos de su tierra y su parentela. Concuerdan en que han encontrado en la iglesia la amistad, el amor y el apoyo de una verdadera familia.

En nuestra iglesia, también desarrollamos un sentir diferente para las reuniones de Navidad, Fin de Año o *Thanksgiving* (Día de Acción de Gracias). Éstas son oportunidades para que la iglesia sea la familia de Dios, brindando el calor que la familia de sangre no puede brindar a causa de la distancia. La Navidad, como un tiempo de fiesta para toda la familia, la extendemos hacia nuestra congregación, ofreciendo el abrigo del hogar a los jóvenes que no tienen familia con quien festejar. El Fin de Año es también una fiesta especial. Nos reunimos en un culto de celebración antes de la media noche y, al entrar el nuevo año, nos abrazamos unos a otros. Especialmente durante

¹⁴ Nuestro concepto de prosperidad es disfrutar plenamente de las bendiciones de Dios en nuestra vida, incluyendo gozar de buena salud, tanto emocional como física, y de los frutos de nuestro trabajo.

estos tiempos de fiestas tradicionales, el inmigrante necesita el calor de una familia, y es entonces cuando la iglesia puede convertirse en los brazos para abrazar al necesitado de amor; los pies para ir hasta quien se encuentra solo; los ojos para ver la condición en que vive; y el corazón para brindar el amor y el afecto que tanto necesita. Después de todo, somos el Cuerpo de Cristo.

Conclusión

A la luz de nuestra experiencia, sabemos bien que Dios cuida de los inmigrantes, sea que éstos le reconozcan como Señor o no (Pr 15.3). Eso lo vemos tanto en los personajes bíblicos como en las historias de nuestros tiempos. Nuestra historia es la historia de Jesús, inmigrante entre los seres humanos, extranjero en su propia tierra, rechazado por unos y aceptado por otros. Nos alienta la promesa de ser ciudadanos, no de esta tierra, sino de los cielos. Así que vivimos como extranjeros y peregrinos bajo el cuidado y protección de Dios, seguros de sus propósitos para nosotros:

Porque te tomé de los confines de la tierra, y de tierras lejanas te llamé. .
. No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu
Dios que te esfuerzo; siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con la
diestra de mi justicia (Is 41.9-10).